

Con esas armas, hace que desaparezca el mundo, idólatra de la fuerza, de la crueldad, de los placeres, del orgullo, de la filosofía, de la gloria de la fortuna.

En lugar de ese mundo, que desapareció con sus corrupciones, establece la adoración de su Cruz, el amor de sus sufrimientos, la ambición de su ignominia, la contemplación de su locura.

Y la Cruz y las ignominias, se hacen la fuerza, la gloria, la vida, la civilización del mundo para siempre.

Ese mundo, aunque siempre se levanta contra Cristo, es de Cristo: *vos autem Christi*.

TERCER FIN DE LA CREACIÓN.

El fin inmediato de la creación, es el hombre.

El hombre, en la esfera de la que es centro, es el jefe, el príncipe de la creación.

En el libro de los salmos, divinamente inspirado, se proclama por David, verdad tan dulce para el hombre.

“Lo has hecho un poco menos que los ángeles,

dice el Profeta Rey, hablando del hombre, lo has coronado de honor y de gloria y lo has constituido sobre todas las obras de tus manos.”

En este universo, que el hombre abraza con su mirada, es el único que piensa, el único que tiene conciencia; conciencia de sí mismo y conciencia del universo.

Resumiendo en su persona todos los reinos de la creación, es independiente de ellos por el don precioso de su libertad, y los sujeta á todos por el poder de su genio.

El hace que todos, sumisos, ofrezcan satisfacción á sus necesidades y aun á sus deseos.

El parece que comunica á las fuezas de la naturaleza, su inteligencia y su voluntad, á proporción que las domina.

Si el imperio que ejerce, encuentra límites, son límites que se retiran, sin cesar, ante él, y que, por lo mismo, no tienen tal carácter.

El hombre es en potencia, que cada día ve convertirse en acto, el heredero de la creación.

La felicidad de las criaturas es sin duda el tercer fin que se propuso el Creador al sacarlas de la nada.

Esta intención del amor de Dios por el hom-

bre y por todas las criaturas inferiores, está escrita profundamente en nuestro corazón, en el instinto de los animales, en la vida de las plantas, en el armonioso movimiento de los cuerpos y en cada anillo, por decirlo así, de esta cadena de atracción y de imán que atrae á todos los seres.

Todo goza ó aspira á gozar; todo respira la felicidad ó su promesa.

Hay una bondad atractiva y expansiva en el fondo de todas las cosas, y esta bondad es como el centro de la creación.

Pero aun para que las criaturas alcancen esa felicidad, que Dios se propuso que alcanzaran al crearlas, entraba en el plan divino la existencia de Cristo.

El hombre no es su propio fin, porque no es su principio.

El hombre viene de Dios y de él depende; pero Dios lo hizo, lo mismo que todas las cosas, por medio de su Verbo.

De manera que el Verbo es el principio activo de todo lo que existe en el orden sensible, del cual es arquetipo; en el orden intelectual, del cual es luz, y en el orden moral, del cual es ley.

Ese Verbo, una vez encarnado, es Cristo y así

lo dijo cuando andaba por el mundo: *yo que os hablo, soy el principio. Principium qui et loquor vobis.*

Pero Cristo no sólo es el principio de los seres, por quien Dios los ha criado: *omnia per ipsum facta sunt* sino que es el fin para quien los ha criado: *propter quem omnia.*

Cristo no es el término final de nuestro destino, es solamente el fin mediador, la cabeza.

Nuestro término final es Dios, para el cual hizo á Cristo y á nosotros para Cristo, al que debemos seguir.

Todas las ventajas naturales de que gozamos, todo el orden de la naturaleza que se resume en nosotros, no pueden servir más que para esta obra de ascensión á Dios, que constituye el orden de la gracia, á fin de tocar nuestro destino en Dios, que constituye el orden de la gloria.

De manera que todas las cosas que el universo nos presenta, no son nuestras por la posesión, sino por el uso y por el fin.

Si seguimos á Cristo, si somos de Cristo, todas las cosas son verdaderamente nuestras.

Omnia vestra sunt, decía San Pablo, *vos autem Christi.* De manera que, podemos decir, que

la tierra se hizo para las plantas, las plantas para los animales, los animales para el hombre, el hombre para Cristo, Cristo para Dios.

El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador: Cristo, para Dios, es el fin último.

Cuando el hombre se aleja de Cristo, cuando el hombre no posee las cosas, fijando la mirada en Cristo, realmente esas cosas no son suyas, nada tiene.

Hay muchos ricos, muchos poderosos en el mundo: la industria despliega inmensamente sus recursos, para satisfacerlos, para acrecentar su dominación; el hombre no hace más que extender la mano, y, del uno al otro extremo del mundo, los elementos vuelan para ejecutar las órdenes de su pensamiento, los más caprichosos deseos de su corazón.

Pero en este progreso de la dominación del hombre, se nota el progreso de su esclavitud: mientras más posee, más poseído es; cuanto más tiene, es menos amo y señor; sus necesidades se extienden como sus goces, y sus conquistas lo devoran.

La historia da testimonio de esta verdad.

A los grandes del mundo, en todos los países y en todos los climas, los placeres les desencantan; los males les afligen; el fastidio les consume, la muerte les cosecha, y después de haberse atormentado toda su vida con el problema de la felicidad, el *Incognoscible*, como ellos dicen, los absorbe eternamente.

No puede, entonces, el hombre, ser el fin de la creación, el príncipe de ella, sin el socorro de Cristo, y este socorro de Cristo, por medio del cual reina el hombre, es el precio misericordioso de su sumisión á Cristo.

El hombre que, por esta sumisión, recibe de Cristo el auxilio, es dueño del mundo, es el rico por excelencia.

Todas las criaturas sirven á su cuerpo y á su alma que las domina por el desprendimiento; la vida es para él como un campo en que recoge méritos; el mundo es para él como un tránsito á la eterna vida. La prosperidad y las congojas están igualmente bajo su imperio, porque las torna en provecho suyo por el buen uso que de ellas hace; el mal mismo, el infierno, están bajo su dominación, porque los pisa y triunfa de ellos,

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive presentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*.

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo